

## “SLEEPING BEAUTY” FOTOGRAFÍA N° 2

No fue difícil reconocermé en aquella vieja foto que se exponía en la galería municipal dedicada a varios artistas del pasado, pese a que habían transcurrido más de treinta años desde que dejé de ser aquella “sleeping beauty” del retrato.

Los acontecimientos que se desarrollaron en mi vida con posterioridad a aquel instante fotográfico fueron el despertar de la bella durmiente.

Al contrario que en el cuento, la historia empieza al final del sueño y la felicidad prometida aún está por llegar.

Había sido un día muy duro, cansado, lleno de carreras, de enlaces aéreos pero sobre todo de sentimientos y emociones contradictorias. Cuando llegamos a aquella estación, aún quedaban dos horas para que partiera el tren con parada en el futuro.

Mi amiga y yo llevábamos todo nuestro equipaje en varias maletas y bolsas, habíamos intentado que fuera lo menos posible pero el miedo irracional a no tener lo suficiente en aquel país extranjero nos impidió ser más prácticas y arrastramos pesadas bolsas y maletas de transbordo en

transbordo hasta llegar rendidas a la estación de tren, donde el sueño se hizo rey de nuestro estado.

Planeamos durante todo el año de fin de carrera, <sup>o</sup> él después: Lo mejor sería marchar a Inglaterra, perfeccionar el idioma y disfrutar de la libertad que creíamos estaba más allá del hogar familiar.

Mi libertad consistía en cuidar a los gemelos de una acomodada familia inglesa con la que conviviría y disponer de cinco horas libres por la tarde, que por supuesto, dedicaría al estudio y al conocimiento de la cultura sajona.

Yo había estudiado comunicación y necesitaba poderme expresar en más lenguas que la materna, siempre tuve espíritu de juglar. Narrar, escribir, contar eran mi pasión; “contadora de historias” podría ser la definición que me gustaría describiese mi persona. Desde un evento deportivo hasta el chisme de vecindario resultan especiales si el contador transmite algo más que hechos y es capaz de atrapar las emociones de quien le escucha.

Subimos al tren que nos llevaría al sur de Londres después de aquel paréntesis de sueño que sirvió de inspiración al fotógrafo. Mi destino estaba tres estaciones después que el hogar-empleo de mi amiga. Nos despedimos al llegar a su parada y no supe hasta meses más tarde que mi vida y la suya continuarían siempre separadas por tres estaciones.

En circunstancias y situaciones nuevas es donde el sentido de la palabra “destino” puede arrastrarnos más allá de teorías filosóficas y narraciones épicas.

Mi nuevo hogar era una enorme casa de estilo Victoriano de tres plantas y un espectacular jardín sitiado por enormes muros recubiertos de una hiedra de color rojizo. El interior aún impresionaba más, rehabilitada totalmente, apenas conservaba nada que pudiera identificarla con la época de su construcción, de diseño moderno y funcional con grandes espacios abiertos y mobiliario futurista, toda ella, a mi parecer, era un homenaje al mal gusto y una patada a la arquitectura y a la historia.

La familia cumplía a la perfección con el estereotipo de familia inglesa de buena posición social, una vez más el tópico se había hecho realidad.

El matrimonio debería tener aproximadamente cuarenta años y los pequeños siete. Comprendí rápidamente que me separaría algo más que un idioma de su mundo. Frialdad, es la palabra que podría definir la existencia de la pareja, de su entorno, de su relación, de sus amistades, inclusive del trato con sus hijos. En el año y medio que pasé en aquella casa nunca percibí ninguna emoción que fuese más allá de la corrección en sus formas y modales. Quizás las normas de la buena educación estaban hechas para saber estar, sin ser; sentir sin expresar y parecer antes que ser, pero bueno, son estas cuestiones que ni en aquella época, ni en la actual me

hicieron perder el tiempo. Aquel mundo era para mí trabajo y como tal, lo consideré.

La vida estaba fuera, el país era como una gran matrioska rusa, una sorpresa detrás de otra. Las distintas razas humanas habían decidido, sin previo pacto, reunirse en Londres, la mezcla de culturas llegaba en ocasiones a saturar los sentidos. Olores, colores, formas, contrastes.... Me sobrecogieron, especialmente los primeros meses. Me faltaron en muchas ocasiones palabras para poder describir lo que veía y sentía, mi pobreza léxica no era precisamente en inglés sino en mi propia lengua, mi pequeño universo provinciano se había “globalizado” utilizando esa expresión tan de moda en la actualidad y tan real en mi vida, treinta años antes.

Las clases de inglés resultaron ser el mejor escenario surrealista de cuantos se pudieran imaginar; indios, pakistaníes, franceses, iraníes, argentinos,.... la nueva “Torre de Babel” cimentada con la lengua inglesa y el deseo de todas las razas por hablar una lengua común.

Tarde tras tarde en aquel aula multirracial de aspirantes a angloparlantes, notaba la mirada extraña y cautivadora de quien, tres meses de clase después, fue sin duda mi mayor pasión juvenil, y dijo pasión porque, aún hoy, no tengo el valor de llamarlo amor.

Si alguien puede llegar a comprender que una mirada anule todas tus vivencias anteriores y actuales y deje a cero tus convicciones sociales y culturales, significará que alguna vez en su vida fue capaz de sentir lo que

yo sentí por él. Llevaba en sus profundos ojos negros toda la fuerza y la sensualidad de oriente. Su pelo, su piel, su cuerpo formaban una armonía exótica, diferente, maravillosa.....

Aquel pedazo de vida que compartí con él fue el más intenso, excitante y feliz que puedo recordar, viví atrapada por su mirada, envuelta en su luz, en su ternura, en su pasión..... hasta sentirme anulada.

Miedo, qué extraña palabra resulta cuando la unes a la palabra amor, y ese fue el sentimiento que hizo alejarme del que pudo haber sido mi destino junto a una persona de raza y cultura diferente, miedo a desempeñar un papel en su vida escrito por alguien ajeno a mí.

Viendo aquella vieja fotografía aún me pregunto si sigo huyendo, si aún tengo miedo, si treinta años no han servido para saber si el viaje de regreso fue el camino hacia lo que alguien pudiera considerar una exitosa carrera o por el contrario solo fue y sigue siendo una huida, un homenaje al miedo.

Quisiera haber sido la “sleeping beauty” y que mi historia acabase con el beso del hermoso príncipe, pero justo ese, fue el principio de mi cuento y aún continuo hechizada esperando el final feliz del relato y por supuesto, mi trocito de perdiz.